

Los ganchos

I

En París todo se vende: las vírgenes locas y las vírgenes cuerdas, las mentiras y las verdades, las lágrimas y las sonrisas.

No ignoráis que en este país de comercio, la belleza es una mercancía de que se ha hecho un horrible negocio. Se venden y compran los grandes ojos y las bocas pequeñas; las narices y las barbas se cotizan á precio más equitativo. Tal hoyuelo, tal lunar de belleza representan una renta fija. Y, como no faltan nunca falsificaciones, imítase á veces la mercadería del Dios bondadoso, y se venden mucho más caras las cejas postizas hechas con cabitos de cerillas quemadas, y los moños postizos sujetos á los cabellos, mediante largos alfileres.

Todo esto es muy justo y muy lógico. Somos un pueblo civilizado y se me ocurre preguntar á ustedes de qué nos serviría la civilización, si no nos ayudase á engañar y á ser engañados, para hacer la vida posible.

Pero confieso á ustedes que me he visto en realidad sorprendido cuando he sabido ayer que un industrial, el viejo Durandeu, á quien conocen ustedes como yo, ha tenido la ingeniosa y despampanante idea de comerciar con la fealdad. Que se venda belleza, lo comprendo fácilmente; que se venda así mismo belleza postiza, es muy natural, señal es de progreso. Mas declaro aquí que Durandeu ha merecido bien de la patria, poniendo en circulación en el comercio esa materia muerta hasta nuestros días, que se llama fealdad. Entendámonos, de lo que quiero hablar es de la fealdad fea, de la fealdad lisa y llana, vendida lealmente por fealdad.

Con seguridad que han encontrado ustedes á veces mujeres que andan de dos en dos, por las anchas aceras. Caminan lentamente, se paran ante las vitrinas de las tiendas, con reprimidas risas y arrastran sus faldas por modo flexible é insunante. Van cogidas del brazo como dos buenas amigas, se tutean á cada instante, son casi de la misma edad y visten con la misma elegancia. Pero siempre una de ellas es de belleza adocenada, su rostro es de aquellos que nada dicen: nadie volverá la cabeza para verla mejor; mas si por casualidad se da el caso de que se la distinga, se la mira sin desagrado. La otra es siempre de horrible fealdad, de fealdad que subleva, que hace fijar la mirada, que obliga al transeunte á entablar comparaciones entre ella y su compañera.

Confiesen ustedes que han sido cogidos en el lazo y que á veces se han puesto ustedes á seguir á ambas mujeres. El monstruo, solo en la acera, les habría llenado de espanto; la joven de rostro medíocre les habría dejado en la más completa indiferencia. Pero se hallaban juntas, y la fealdad de una de ellas ha aumentado la belleza de la otra.

¡Pues bien! se lo aseguro á ustedes, el monstruo,

la mujer atrozmente fea, pertenece á la agencia Durandeu. Forma parte del personal de los *Ganchos*. El gran Durandeu la había alquilado al rostro insignificante, á razón de cinco francos por hora.

II

Aquí tienen ustedes la historia.

Durandeu es un industrial original y de inventiva, millonario y que trabaja hoy por el arte en punto á comercio. Se lamentaba hacía mucho tiempo, al pensar que todavía no se había podido sacar ni un sueldo del negocio de las jóvenes feas. Por lo que respecta á especular con las bonitas, cosa es de delicada especulación, y Durandeu, que tiene escrúpulos de hombre rico, no ha pensado en ello jamás, se lo aseguro á ustedes.

Un día, súbitamente, se sintió como iluminado por un destello de lo alto. Su espíritu dió de repente á luz la nueva idea, como sucede á los grandes inventores. Paseábase por el bulevar, cuando vió corretear delante de sí dos jóvenes, una hermosa, la otra fea. Y hé aquí que al fijar en ellas la vista, vino á darse cuenta de que la fea era un adorno con que se ataviaba la hermosa. Así como las cintas, los polvos de arroz, las trenzas postizas se venden, justo y lógico era—se dijo para su capote—que la hermosa comprase á la fea como un adorno que le sentaba á pedir de boca.

Durandeu se volvió á su casa para reflexionar á su sabor. La operación mercantil que meditaba, pedía ser conducida con la mayor delicadeza. No quería lanzarse á la ventura á una empresa genial, si triunfaba, ridícula si llegaba á naufragar. Pasó la noche de claro en claro haciendo cálculos y le-

yendo á los filósofos que mejor hablaron de la necedad de los hombres y de la vanidad de las mujeres. Al día siguiente, al despuntar la aurora, se encontraba ya decidido: la aritmética le había dado razón, los filósofos le hablaron de tal dolencia de la humanidad, que ya contaba con numerosa clientela.

III

Querría contar con más alientos para escribir la epopeya de la creación de la agencia Durandeu. Sería una epopeya burlesca al par que triste, rebuscante de lágrimas y carcajadas.

A Durandeu le costó más trabajo del que se figuraba para formarse un fondo de mercancías. Queriendo obrar directamente, contentóse en un principio con fijar á lo largo de los tubos de desagüe, en los árboles, en sitios apartados, cuadraditos de papel, en los cuales se veían, manuscritas, las siguientes palabras: «Se necesitan jóvenes feas para hacer un trabajo fácil.»

Esperó ocho días y ni siquiera una muchacha fea se presentó. Acudieron cinco ó seis bonitas, que pidieron trabajo sollozando; hallábanse entre el hambre y el vicio, y pensaban todavía hallar su salvación en el trabajo. Durandeu, muy apurado, les dijo y les respitió que eran sobrado bonitas y que no le podían convenir. Pero ellas sostenían que eran feas, y que sólo por galantería y maldad de su parte, las declaraba hermosas. Hoy día, no pudiendo vender la fealdad de que carecían, han tenido que vender la belleza de que estaban dotadas.

Durandeu, ante tamaño resultado, vino á per-

suadirse de que tan sólo las muchachas bonitas tienen valor de confesar una fealdad imaginaria. Por lo que toca á las feas, seguro es que, por su propia voluntad, no se acercarán nunca á convenir en el desmesurado tamaño de sus bocas, ni en la extravagante pequeñez de sus ojos. Anunciad en todas las esquinas que daréis diez francos á cada mascarón de proa que se presente, y no os empobreceréis gran cosa.

Durandeu renunció á los anuncios. Ajustó como media docena de corredores y los diseminó por la ciudad en busca de mónstruos. Fué aquéllo un reclutamiento general de la fealdad de París. Los corredores, hombres de tacto y de gusto, se echaron encima una ruda tarea; procedían con arreglo á los caracteres y á las posiciones, de golpe y porrazo cuando la persona tenía apremiante necesidad de dinero, con más delicadeza cuando tenían que habérselas con alguna muchacha que aun no se moría de hambre. Es cosa dura, para las personas de educación, ir á decir á una mujer: «Señora, usted es fea; le compro á usted su fealdad á tanto por día.»

En aquella caza emprendida contra las pobres chicas que lloran ante los espejos, se desarrollaron episodios dignos de recordación. A veces los corredores se encarnizaban: habían visto pasar por una calle una mujer de una fealdad ideal, y tenían empeño en presentarla á Durandeu, para merecer los plácemes del amo. Algunos hubo que echaron mano de recursos extremos.

Todas las mañanas, Durandeu recibía é inspeccionaba la mercancía allegada la víspera. Cómodamente instalado en un sillón, puesto de bata pajiza y con casquete de raso negro, mandaba desfilar delante de sí las nuevas reclutadas, alguna de ellas acompañada por su corredor. Entonces se

echaba hacia atrás, guiñaba los ojos y presentaba actitudes de aficionado contrariado ó satisfecho; tomaba con toda calma un polvito y se entregaba á la meditación; á seguida, para ver mejor, hacía dar vueltas á la mercancía y la examinaba por todos lados; á veces hasta se levantaba, tocaba los cabellos, se fijaba en el rostro, á la manera que un sastre palpa una tela, ó como un especiero se asegura de la calidad de las velas de sebo ó de la pimienta. Cuando la fealdad quedaba bien evidenciada, cuando el rostro resultaba estúpido y ordinario, Durandeu se restregaba las manos, felicitaba al corredor y hasta habría besado al monstruo. Pero desconfiaba de ciertas fealdades; cuando los ojos brillaban y los labios revelaban agudas sonrisas, fruncía el entrecejo y se decía para sus adentros que semejante fea, si no había sido creada para el amor, lo había sido con frecuencia para las pasiones. Demostraba cierta frialdad al corredor, y decía á la interesada que volviese á pasar más adelante; cuando fuese más vieja.

No es tan fácil como puede creerse el entender en materia de fealdad, el allegar una colección de mujeres verdaderamente feas, sin perjudicar á las que no lo son. Durandeu dió pruebas de gran talento en sus elecciones, pues vino á patentizar el profundo conocimiento que tenía del corazón y de las pasiones humanas. La gran cuestión para él estribaba en la fisonomía; así era que se quedaba tan sólo con las caras que descorazonaban, con las que dejan á uno helado por su fealdad de color subido ó por su estupidez.

El día en que la agencia quedó definitivamente instalada, en que pudo ofrecer á las lindas jóvenes en decadencia, mujeres feas adecuadas á su color y á su clase de belleza, lanzó á la publicidad el siguiente prospecto:

IV

«Señora:

»Tengo el honor de poner en su conocimiento que acabo de fundar una casa que está llamada á prestar los más señalados servicios para la conservación de la belleza de las señoras. Soy inventor de un artículo de tocado que debe de realzar con nuevo esplendor las gracias concedidas por la naturaleza.

»Hasta la presente, no ha habido medio de poder disimular las falsificaciones. Esto se ve en las blondas y en las alhajas; hasta se sabe que se lleva pelo postizo en el moño, y que la púrpura de los labios y el rosado de las mejillas son hábiles pinturas.

»En este supuesto, yo he querido resolver el problema, imposible á primera vista, de embellecer á las damas, dejando que todos los ojos ignoren la procedencia de este nuevo atractivo. Sin agregar un lazo, sin tocar para nada al rostro, tratábase de dar para ellas con un medio infalible de atraerse las miradas y de no hacer por tal modo carreras inútiles.

»Creo poderme lisonjear de haber resuelto victoriosamente el problema insoluble que me había propuesto.

»En el día de hoy, toda señora que se digne honrarme con su confianza, obtendrá, á precios asequibles, la admiración de la multitud.

»Mi artículo de tocado es de la mayor sencillez y del más seguro efecto. No tengo que hacer más que describirlo, señora, para que comprenda usted de seguida su mecanismo.

» ¿No ha visto usted nunca á una mujer pobre al lado de una hermosa dama vestida de seda y encajes, que le daba limosna con su enguantada mano? ¿No ha notado usted cómo brillaba la seda destacándose sobre los andrajos, cómo toda aquella riqueza se ostentaba y ganaba en elegancia junto á aquella miseria?

» Señora, me hallo en la situación de poder ofrecer á los hermosos rostros, la más abundante colección de caras feas que sea dado ver. Los agujereados vestidos hacen resaltar los trajes nuevos. Mis caras feas hacen valer más las que son bonitas.

» ¡Se acabaron los dientes postizos, los postizos cabellos, los postizos senos! nada de enjalbiego, de tocados costosos, de gastos enormes en afeites y en blondas. Basta con sencillos señuelos que se cogen del brazo y se pasean por las calles, para dar realce á la belleza y hacerse mirar con ternura por los caballeros.

» Dígnese, señora, honrarme con su clientela. En mi casa encontrará usted los productos más feos y más variados. Podrá usted elegir y acomodar su belleza con la clase de fealdad que mejor convenga á usted.

» TARIFA: 5 francos por hora; día entero 50 francos.

» Presento á usted, señora, la seguridad de mis distinguidos sentimientos.

» DURANDEAU.

» P. D.—La agencia cuenta asimismo con madres y padres, con tíos y tías.

» Precios moderados.»

V

El éxito fué extraordinario. Desde el siguiente día funcionó la agencia, la oficina se vió atestada de clientes y cada una elegía su señuelo, llevándose con feroz alegría. No es posible saber cuánto hay de deleite para una mujer bonita, al apoyarse en el brazo de una mujer fea. Ibase á aumentar su belleza y á gozar de la fealdad de otra. Durandeu es un gran filósofo.

No hay que creer, sin embargo, que la organización del servicio fué cosa de coser y cantar. Surgieron mil obstáculos imprevistos. Si costó no poco trabajo el reunir el personal, no costó mucho menos el satisfacer á las clientes.

Presentábase una señora en demanda de un gancho. Se le ponía de manifiesto la mercancía y se le decía que escogiera, contentándose con insinuarle algunos consejos. Héte aquí á la dama yendo de un gancho á otro, de mal talante, encontrando á las pobres muchachas ó demasiado ó no bastante feas, saliendo al fin con la gaita de que ninguna de las fealdades se ajustaba á su belleza. Ya podían los empleados hacer valer la nariz torcida de la una, la enorme boca de estotra, la aplastada frente y el aspecto de imbecilidad de la de más allá; elocuencia perdida.

Otras veces la dama era de suyo horriblemente fea, y Durandeu, si se hallaba allí, sentía deseos locos de atraérsela á peso de oro. Venía, según ella, á dar realce á su belleza; deseaba por lo tanto un gancho joven y no demasiado feo, por no

necesitar más que un ligero ornamento. Los dependientes, desesperados, la ponían delante de un gran espejo y hacían desfilar junto á ella todo el personal. Pues todavía se llevaba el premio de la fealdad, y se retiraba indignada porque se hubiesen atrevido á ofrecerle objetos semejantes.

Poco á poco, no obstante, la clientela se regularizó, de modo que cada gancho ó reclamo contó con sus clientes tituladas. Durandeu pudo descansar en el íntimo goce de haber hecho dar un nuevo paso á la humanidad.

No sé si la gente llega á darse exacta cuenta del oficio de reclamo. Tiene sus alegrías que ríen al pleno sol, pero tiene también sus lágrimas ocultas.

La reclamo es fea, es esclava y sufre por verse pagada, porque es esclava y porque es fea. Por lo demás, anda bien vestida, da el brazo á las celebridades de la galantería, vive en los coches, come en los figones de fama y pasa las veladas en el teatro. Tutea á las chicas guapas y los cándidos la toman por de la distinguida sociedad de las carreras y de las primeras representaciones.

El día entero lo pasa en la jubilación, y por la noche rabia, gime. Se ha quitado la vestimenta que pertenece á la agencia y se encuentra sola en su desván ante un pedazo de espejo que le dice la verdad. Su fealdad se halla allí, al desnudo, y de sobra conoce que nunca será amada. La que sirve para aguijonear los deseos, nunca llegará á enterarse del sabor de los besos.

VI

Por hoy me he limitado á narrar la creación de la agencia y á transmitir á la posteridad el nombre de Durandeu.

Tal vez llegue un día en que escriba las *Confidencias de un Gancho*. He conocido una de esas desventuradas, que me ha lacerado el corazón contándome sus sufrimientos. Ha tenido por clientes jóvenes que todo París conoce y que han demostrado sobrada dureza por lo que á ellas concierne. Por favor, señoras mías, no desgarran ustedes los encajes que las adornan, sean ustedes bondadosas para con las feas, sin las cuales no serían ustedes bonitas.

Mi reclamo era un alma de fuego, que, á lo que sospecho, había leído mucho á Walter Scott. No sé que exista nada más triste que un corcovado enamorado, ó que una fea entregada al azul del ideal. La desventurada muchacha amaba á todos los jóvenes, cuyas miradas atraía su deplorable rostro y las hacía fijar sobre el de sus clientes. Figuraos al amoroso señuelo de las alondras, que atrae al alcance del plomo del cazador.

Ha presenciado muchos dramas. Alimentaba terribles celos contra aquellas mujeres que la pagaban como se paga un poté de pomada ó un par de botinas. Era una cosa alquilada á tanto la hora, y sucedía que aquella cosa tenía sus cinco sentidos. ¿Os figuráis sus amarguras, en tanto que sonreía,

tuteando á las que le robaban su parte de amor? Aquellas jóvenes que disfrutaban de maligno placer al engatusarla como amiga en presencia de la gente, la trataban como criada en la intimidad; y hasta la habrían destrozado por capricho como destrozan las chucherías de sus aparadores.

Pero ¿qué le importa al progreso un alma que sufre? La humanidad va hacia adelante. A Durandeu se le bendecirá en los siglos futuros, porque ha puesto en circulación una mercancía muerta hasta aquí, inventando un artículo de tocado que facilitará el amor.

El amor en las buhardillas

Las personas de mal humor, las que envejecen y á quienes molesta nuestra juventud, aseguran que las rosas de su tiempo se hallan marchitas y que á nosotros sólo nos quedan ya las espinas. Y van diciendo á la joven generación, con malévolos alegría: «¡La griseta se muere, la griseta ha muerto!»

Mas yo por mi parte os afirmo que mienten, que el amor y el trabajo no podrían morir, que los alegres pajarillos de los desvános no se han podido escapar.

Yo conozco uno de esos pajarillos.

Marta cuenta veinte años. Un día se encontró sola en el mundo. Era hija de la gran ciudad que ofrece á sus hijas un dedal para coser, ó joyas. Ella optó por el dedal y se hizo griseta.

El oficio es sencillo; tan sólo pide corazón y una aguja. Trátase de amar mucho y de trabajar mucho también. Aquí el trabajo salva al amor y los dedos aseguran la independencia del corazón.

Marta, en la mañana de la vida, ha apoyado la frente en sus manecitas y se ha sumido con valentía en las más graves reflexiones.

—Soy joven, soy bonita, y de nadie dependo sino de mí el llevar vestidos de seda, blondas y alhajas. Lo pasaría ricamente, me alimentaría con los manjares más delicados, no saldría más que en coche, y estaría sentada y mano sobre mano todo el santo día. Mas llegaría un instante en que después de haber derramado todas mis lágrimas y vencido todas mis repugnancias, despertárame en el cieno y oiría los lamentos de mi corazón. Prefiero obedecerle desde hoy mismo; quiero constituirle en mi solo guía. Para poder escucharle tranquila, llevaré faldas de indiana, le consultaré en voz baja durante mis largas horas de costura. Quiero ser libre para amar á quien ame mi corazón.

Y la linda muchacha se constituyó por tal modo en ciudadana de la república de las buenas chicas trabajadoras y amantes.

Desde aquel día, Marta habita en las buhardillas un cuartito lleno de sol. Ya conocéis ese nido que los poetas han descrito. El único lujo del ajuar es una exquisita limpieza y una alegría inagotable. Todo se ve allí blanco y lleno de luz; hasta los muebles parece que entonan la canción de los veinte años.

La cama es pequeña, blanca, como la de una colegiala; tan sólo pendiente de la flecha que sostiene el cortinaje, se balancea un Amor de yeso dorado, con brazos y alas extendidos. En el testero del lecho, sonríe un busto de Béranger, el poeta de los desvanes; en las paredes se ven pegadas litografías, loritos amarillos y azules, grabados separados del Viaje de Dumont-d'Urville; en un aparador se ostenta todo un mundo de objetos de porcelana y de vidrio, ganados en la ferias.

Después, se ven una cómoda, un aparador, una mesa y cuatro sillas. La reducida habitación está demãsiado amueblada.

El nido se halla triste cuando el pajarito no se encuentra allí. En cuanto entra Marta el desván entero se pone á reír; es el alma de aquel universo, y según que se ríe ó se llora, el sol entra ó deja de entrar.

Hállase sentada ante una mesita; cose mientras canta, y los gorriones del techo contestan á sus canciones. Tiene prisa por concluir su obra; sabe que se la espera, pues debe subir al siguiente día á las umbrosas alturas de Verrières.

Si ha de decirse todo, su corazón ha llegado á hablar, y ha oído perfectamente lo que le ha dicho el corazón. Dos meses han transcurrido desde que le obedece. Ya no está sola en el mundo, ha encontrado un buen muchacho. Siendo como es también una buena chica, se ha dejado amar, y ella por su parte también ha amado.

Mírenla ustedes en la calle, llevando su trabajo en la mano; salta con ligereza los arroyos, levantándose las faldas y descubriendo sus delicados tobillos. Sus andares son á la vez atrevidos y de espanto, con el descaro y el miedo de los gorriones del Luxemburgo. Es el pájaro avisgado del empedrado pasisiense; aquel es su terruño, su patria. En parte alguna se ve tan tierna sonrisa, tan decidido andar, tan natural elegancia. La joven, sencilla y risueña, tiene el plumaje modesto y la ruidosa alegría de la alondra.

Al día siguiente, ¡qué júbilo en los bosques de Verrières! Hay allí fresas y flores, amplias alfombras de hierba y espesas sombras. Marta se proveye de alegría para toda una semana; embriégase de aire y de libertad, conmovida hasta verter lágrimas por el claro azul de los cielos y por el verde obscuro del follaje. Luego, á la tarde, regresa paso

á paso, con un ramito de lilas en la mano y con más amor y más brios en el corazón.

Así es cómo se ha compuesto una vida de trabajo y de ternura. Ha sabido ganarse el pan y conservarse para quien mejor le parezca.

¿Quién sería osado á refirir á aquella criatura? Da más de lo que recibe. Su vida encierra toda la dignidad de la verdadera pasión, toda la moralidad del incesante trabajo.

Canta, hermosa alondra de nuestros veinte años, canta para nosotros, así como cantaste para nuestros padres, como cantarás para nuestros hijos. Tú eres eterna, porque eres la juventud y el amor.

FIN

